

Fraternidad San José
17 de octubre de 2020
Asamblea con Julián Carrón

Beethoven: Sinfonía n. 9 “Coral” Spirto Gentil CD 27

Las notas de la novena sinfonía de Beethoven son una diminuta y frágil semilla, símbolo del ímpetu grandioso que ha entrado en el mundo a través de una semilla plantada en el seno de la Virgen. Allí la alegría se convirtió en un “hecho”; allí la urgencia del hombre, su búsqueda de un destino de felicidad recibe una respuesta; allí la intuición humana de una paternidad misteriosa se ve sostenida por la certeza de que todo lo que el corazón sugiere tiene un camino trazado definitivamente. Igual que la semilla de las notas de Beethoven resulta imponente para los oídos que las escuchan, la semilla plantada en el seno de María resulta irresistible.

*Cantos: Favola
Negra Sombra*

Michele Berchi

Llenos de estupor por lo que ha pasado en nuestra vida –y sigue pasando– comenzamos este momento pidiendo a la Virgen que nuestro corazón siga siendo mendigo igual que el Suyo, mendigo de ese Acontecimiento que ha cautivado nuestra vida y nos ha traído y nos trae hasta aquí, día tras día. Que encuentre en nuestro corazón esa mendicidad sencilla, propia de quien reconoce que todo consiste en ese Acontecimiento.

Julián Carrón

Buenas noches a todos. Comenzamos nuestra asamblea con la mítica Cinzia. Pero Cinzia, ¿qué haces para que la vocación te siente tan bien? Te veo cada vez más joven.

Cinzia – Hola Julián. En realidad, ya paso de los cincuenta.

Carrón – Pero cincuenta años no es nada, esos los tiene cualquiera... casi.

Cinzia

Te cuento lo que estoy aprendiendo sobre todo en el trabajo. Me ha provocado mucho una frase de la introducción en la página 3. Nos decías: “¿Qué hemos aprendido de la realidad? ¿Qué hemos aprendido de nuestra humanidad?”. Me he dado cuenta de que, en el mejor de los casos, habría dicho otra cosa, habría podido resumir todos mis intentos con otra pregunta: “¿Qué he aprendido de la realidad?”. Me he dado cuenta de que ya en este nivel puede entrar el descuido de mi yo y el abandono a la nada, el hecho de no estar, aunque no sea intencionadamente, siguiendo la propuesta de don Giussani. Aun deseando tomar en serio sus palabras, las interpreto y las vacío, dando por descontado que cualquier aspecto de la realidad se me da para que yo pueda descubrir los factores que constituyen mi humanidad. La vuelta a clase, después del periodo de educación a distancia, está mostrando despiadadamente mi error de perspectiva. Hay un gran caos porque, entre otras cosas, en mi colegio tenemos que dar clase a la mitad de los alumnos presencialmente y al mismo tiempo a la otra mitad conectada desde casa. Muchos no terminan de conectarse, por lo que tengo la sensación de hacer el trabajo a medias. No puedo contar con ningún dato seguro, tampoco es obvio que presten atención, hay que reinventarse. Cada día hay una prohibición nueva, una nueva regla, y veo crecer mi sensación de incapacidad para estar delante de esta situación. Me pregunto muchas veces qué estoy haciendo, qué sentido tiene todo esto, cuánto aguantaré. Sé perfectamente que todo esto son intentos torpes de ocultar mi queja. Diciendo estas cosas, trato de eludir el punto candente de la cuestión. Releyendo los apuntes de los ejercicios, me llama la atención cuando, describiendo tu experiencia, dices: “¡Cuántas veces he visto en mi propia piel que la realidad era un bien! [...] La realidad era amiga, cualquier realidad era amiga. Todos aquellos que intervenían en el escenario de la realidad eran

amigos porque, más allá del hecho de que tuvieran razón o estuvieran equivocados, del rostro hermoso o feo que tuvieran, hacían emerger constantemente mi yo, los factores constitutivos de mi yo”.

Siento una desproporción enorme entre lo que vivo y esto que dices. Pero estoy segura de que tus palabras no describen exclusivamente una meta tuya, o un optimismo o una visión “giussaniana” de la existencia. Me pregunto continuamente si es posible que Dios pueda permitir que todo se eche a perder, que yo no logre conseguir nada, para no que no me pierda a mí misma. ¿Será posible que estos días, en los que me siento tan inútil, puedan ser un don inesperado que debo recibir urgentemente? ¿Qué hace Dios y la humanidad con una profesora que no sabe qué hacer con su trabajo? Al plantearme estas preguntas, me doy cuenta de que durante mucho tiempo solo he puesto en el centro de mi concepción del trabajo los aspectos operativos y de gestión. La relación con Jesús, como mucho, podía establecer de manera extrínseca un “cierto modo” de enseñar, de entrar en relación con los alumnos, de entrar en clase, pero no influía en el descubrimiento de los factores constitutivos de mi yo. Era como si fuera la premisa obvia y necesaria para actuar de un “cierto modo”. Mi pregunta es cuál es el “verdadero modo” de vivir el trabajo, cuál es la consistencia última de lo que hago, pero no durante la emergencia sino siempre. ¿Cómo puedo entender si estoy viviendo mi compromiso, independientemente de los aspectos contingentes, en relación con Jesús? Desde que se me planteó esta cuestión, entro en clase pidiendo no escandalizarme de mi humanidad herida ni de mis intentos de huir del impacto con la realidad, pido darme cuenta cada vez más de que lo que está en juego es un conocimiento verdadero de mí misma, que de otro modo sería imposible, y un camino de conversión. Aparentemente todo parece igual, pero veo que no puede ser así. Por eso me gustaría que me ayudaras a no perder este acento de novedad que solo intuyo vagamente. Gracias.

Carrón – Gracias a ti, porque esto que nos planteas a todos es realmente el gran riesgo que todos corremos, es decir, dar por descontado la realidad. Lo has dicho muy acertadamente cuando lo has expresado diciendo que nunca te habías preguntado qué es la realidad o qué es mi humanidad. Ante la pregunta “¿qué hemos aprendido de la realidad?” o “¿qué hemos aprendido de nuestra humanidad?”, tú sencillamente lo habrías dado por descontado, como si la realidad y la humanidad, hablar de la realidad, formara parte de la avalancha de opiniones. Darse cuenta de esto, con la agudeza con que lo has hecho, es lo que más nos puede ayudar a entender por qué el Misterio nos provoca a veces de un modo que nos desconcierta. Porque si no nos provocase, como estamos viendo de nuevo con la provocación de la segunda oleada, con la realidad, constantemente, con los desafíos que la realidad nos pone delante, nos conformaríamos –como tú dices– con un trabajo de gestión, apesadumbrado en este caso por todas las condiciones que tenemos que abordar ahora. Porque las prohibiciones, las reglas, hacen que el trabajo resulte aún más engorroso, más pesado. Pero es justo ahí, como llevándonos hasta ahí, viendo toda nuestra incapacidad como tú dices, ahí es donde surgen las preguntas. Empiezan a surgir las preguntas: ¿pero qué estoy haciendo aquí? Aunque con una queja dentro que uno intenta eludir, pero en el fondo sorprendiendo ya una pregunta que no puede quedarse al nivel de la gestión: ¿qué estoy haciendo aquí? Es una pregunta radical en el trabajo. Y es decisiva para nosotros porque la vocación tiene que ver con el trabajo, tiene que ver con las circunstancias que vivimos, tiene que ver con la forma de vuestra vocación de un modo radical. Por tanto, todo lo que afecte al trabajo es la modalidad que asume la forma de la vocación. Que la vida es vocación, como nos estamos diciendo desde que empezó el confinamiento, como nos recuerda don Giussani, quiere decir que nosotros caminamos hacia el destino a través de las circunstancias, que son volubles, que son cambiantes, que a veces son pesadas, que muchas veces son incomprensibles, pero eso es precisamente lo que no se nos ahorra, tampoco a mí, gracias a Dios, de maneras distintas, en circunstancias diferentes, pero al mismo tiempo nada de lo humano nos es ajeno. Por eso, yo he tenido que hacer el mismo camino que tú te ves obligada a hacer, y he podido compartir con vosotros lo que he aprendido, que la realidad puede llegar a ser un bien, precisamente por lo que tú estás diciendo. La realidad no te ahorra la provocación, de la que luego vienen las preguntas que te permiten no limitarte a gestionar lo que tienes que hacer, como decías al referirte a los aspectos de gestión. Y te preguntas: ¿acaso el Misterio quiere esto? A veces el único recurso que le queda al Misterio es provocarnos así. Por eso siempre me sorprende el tino de don Giussani

por su manera de mirar la realidad como algo que nos provoca y que despierta nuestro yo, despierta nuestra humanidad, suscitando preguntas que son las preguntas de *El sentido religioso*, del capítulo V de *El sentido religioso*, esas preguntas radicales que constituyen el tejido de nuestra humanidad. Cuando yo descubrí esto, empecé a percibir que, con razón o sin ella, lo que pensaba, las quejas, la culpa que le echaba a unos u otros, al final todo eso te cansa porque es inútil. La cuestión es qué despierta todo eso en mí, de qué modo me despierta, me pone en marcha, incluso casi a mi pesar. Porque ahí, delante de estas cuestiones, si uno se deja llevar esperando a que las cosas cambien, se acaba ahogando dentro de la circunstancia, porque tú no te puedes quedar ahí como si nada, cada vez más a disgusto, cada vez con más quejas, cada vez echando más culpas a unos u otros, como vemos tantas veces en los ámbitos laborales. Es difícil encontrar personas luminosas que no se quejen. Hace poco me decía una persona que en el trabajo, como la veían siempre contenta, alguien le dijo: ¿pero tú de dónde has salido, de un huevo de Pascua? Como no podían explicarse su alegría cuando todos los demás se quejaban, daban esta explicación un poco... no sé cómo definirla, pero muestra cómo, al ver a una persona así, el tipo de iniciativa que toma, su humanidad, no pueden más que tomarla por loca o por ingenua, como una persona empaquetada. Tienen que apelar a algo que en cierto modo dice algo de ese Misterio del que no se sabe dar una razón adecuada pero que sorprende. Por tanto, es ahí donde podemos empezar a entender si verdaderamente estamos viviendo el trabajo con esta densidad de significado, que nos permite vivirlo con significado, con sentido, con gusto, como decía una chica: – Pero vosotros (los profesores) – como decíamos en la Jornada de apertura de curso– ¿no podéis comunicarnos el gusto por lo cotidiano? Porque no basta con que uno te hable del gusto, tienes que verlo en acción. O uno ve la queja o ve el gusto por lo cotidiano. Y entonces ve a alguien con las mismas circunstancias, idénticas, que puede vivirlo de una manera y otro puede vivirlo de otra. Esta es la gran aventura del trabajo, si la manera verdadera de vivir el trabajo la vemos cuando prevalece la queja o cuando prevalece el significado, la alegría, el gusto por lo cotidiano. Esto no va en contradicción con un trabajo comprometido, con el que debemos implicarnos totalmente, se trata del gusto con el que lo hacemos, su significado, la densidad que tiene ese momento. Ahí es donde verdaderamente nos damos cuenta si para nosotros el trabajo es la ocasión de vivir, como hemos dicho todos estos meses, intensamente lo real. Es decir, que la religiosidad coincide con vivir intensamente lo real, no el ensañamiento con la realidad sino vivir intensamente lo real, percibir su significado. Por eso es tan decisivo, porque esta novedad de la que hablas, de la que ya has vislumbrado un atisbo, solo se desvela al que se compromete. Quien se queda mirando desde el balcón no pensará que esto se le pueda desvelar, porque entre nosotros también hay gente muy lista para la que eso de empeñarse en vivir intensamente la realidad no sirve porque al final... Ahí se ve realmente si uno vive lo real con un significado o no. Si nos ahogamos quedándonos solo en la apariencia y la gestión, o si todo esto nos despierta y nos pone en relación con el Misterio. Porque esta es la manera en que podemos ver hasta qué punto nuestra vocación nos ayuda en esto. Si nos pone en relación con el Misterio, si nos lleva al Misterio. Leía esta mañana, haciendo silencio, un trozo de la EdC, en el punto sobre el conocimiento nuevo de “Crear huellas”, donde don Giussani nos recuerda esto. “No soy yo quien vivo, eres Tú quien vive en mí”. ¿Qué quiere decir esto? Que cuando veo a la persona que tengo delante, ella me marca el camino, siguiéndola yo llego a Cristo. Toda circunstancia, toda ocasión, toda persona, es el Tú a través del cual “me meto hasta la raíz del rostro de las cosas y llego hasta el punto en el que la cosa es Otro que la hace, el Tú que la hace, Cristo” (pp. 88-89).

Entonces la cuestión es si nosotros aceptamos vivir el trabajo solo como una gestión o si vivimos el trabajo con toda su densidad religiosa, que no es algo añadido porque luego voy a misa o hago silencio, sino si todo eso no es para adentrarme a vivir la realidad, el trabajo, como posibilidad de meterme hasta la raíz del rostro de las cosas. Esto lo vemos en nosotros cuando no dejamos de quejarnos, cuando el trabajo nos cansa en vez de construirnos, en vez de despertarnos, en vez de ser ocasión para el testimonio de Cristo ahí; y entonces es el lugar de la queja, como todos. Por eso el trabajo es una ocasión decisiva para la verificación de la fe. Porque si yo, como tú dices, me identifico con esta propuesta que se nos hace, entonces puedo llegar hasta ahí. Secundando una propuesta, no lo puede hacer otro por mí, porque la verificación debo hacerla yo. Y a esta circunstancia nos enfrentamos todos.

Roberta

Querido amigo Julián, tú dices que todo es un bien. En el último año me han pasado un montón de cosas: la enfermedad neurológica, el ingreso de mi padre por Alzheimer y la dificultad para dejarlo en manos de otros (soy enfermera) y por tanto tener que aceptar que yo no puedo cuidarlo, el virus y el cansancio del trabajo en la residencia, la enfermedad de Galia, mi “hermana” kazaja (desde que nos conocimos hace dos años no hemos dejado de estar en contacto), sin poder estar cerca de ella. Los encuentros, los ejercicios, las reuniones, todo en video... sin “carne”. Un año sin poder hacer una pausa de verdad en el trabajo, y en todo.

A finales de julio el Señor pensó que necesitaba descansar. Me caí de la bici y me rompí la clavícula.

Al principio de esta aventura sentía un gran dolor y solo tenía ganas de quitarme ese dolor. Descubrí una estupenda píldora blanca que es fantástica. Al tomar la pastilla, el dolor disminuye pero entonces empiezo a mover el brazo, que tiene que estar quieto en cabestrillo. Así que a los dos días empecé a retirar la sedación porque me di cuenta de que, sin dolor, movía lo que no debía mover. Es decir, ese dolor era precisamente lo que me ayudaba a recordar que el movimiento no era bueno para mi clavícula.

Así es la vida. El dolor, la prueba, la circunstancia, el límite existen porque forman parte de mi camino de conocimiento. Sin ellos viviría de una manera que no me ayudaría a curar mi clavícula, es decir, no me curaría de mi olvido, me alejaría del juicio que parte del origen, de mi corazón, cediendo en cambio a mi reacción ante lo que me sucede.

A lo largo de mi vida, el Señor siempre ha ido poniendo piedrecitas que marcaban un camino para mí, solo para mí. Cristo no está al lado de mis problemas, está en mis problemas, incluida mi clavícula. Pero también está en la belleza de mi relación con Galia, a cinco mil kilómetros, y solo es posible por la gracia de la Iglesia y al coste de su muerte, porque a Cristo ya lo he visto vencer en dos amigos de la Fraternidad en Cremona a los que hemos acompañado en su camino hacia el Padre, pero se me olvida... me desplazo. Siempre tiene que suceder algo que sobresalte mi corazón y me arranque de la nada que me rodea. En este tiempo de reposo forzoso me he abandonado a la lectura y a los amigos. He visto y disfrutado de muchos encuentros en el Meeting. Uno abrazaba especialmente los Ejercicios, el “Brillo” y el Meeting entero. Mi encuentro personal con Mikel Azurmendi ha hecho que me vuelva a enamorar y asombrar de mi historia y de nuestra compañía. Fui enseguida a leer su libro, envidiaba al autor y a los amigos españoles. Me decía que tenemos que ir a España. Veía lo que vi hace unos años en Kazajistán: un lugar donde hay algo, Alguien que mueve el corazón. He vuelto a ver todas las piedrecitas que el Señor había puesto en mi camino para llegar hasta allí. Como dices siempre, es importante volver al origen. He vuelto a ver lo que me fascinó al principio. Ha sido así con el encuentro con Mikel. Me dan ganas de dar las gracias por todo lo que tengo, por los amigos que Él me da, aun sin ir a España, porque ya lo tengo todo aquí, hasta por mi clavícula, sin la cual quizá no habría mirado todo esto.

Carrón – Como veis, poco a poco, hasta las cosas que parecían sin sentido, cuando uno está atento, hablan. Me sorprende que Roberta haya captado este valor del dolor, empezando por su clavícula. Porque no es algo secundario, porque sin dolor no habría visto que sus movimientos estaban siendo equivocados. Porque el dolor es como un síntoma. Menos mal que cuando nos acercamos al fuego sentimos dolor, nos quema y entonces nos retiramos rápidamente, si no perderíamos la mano. Y así con tantas cosas. Hasta esa provocación, sea cual sea la modalidad con la que el Misterio nos salga al encuentro, es para este camino de conocimiento. Me sorprende que esto haga cada vez más familiar este conocimiento nuevo en muchas cosas que al principio percibíamos sin sentido y que poco a poco empezamos a descubrir su significado. En algo que a veces considerábamos inútil empezamos a ver su utilidad para el camino. Porque sin la conciencia de la necesidad, prevalece el olvido. En cambio, ver que en todas esas piedrecitas – como tú dices– ya te estaba llamando Cristo a través de esas circunstancias, significa que empiezas a ver que Cristo está en esas piedrecitas, que a través de esas circunstancias Él te está llamando. Entonces, cualquier aspecto de la realidad nos lleva a relacionarnos con Él. El problema es si nosotros vivimos ese aspecto de la realidad como algo casual, como si fuera un peaje, un obstáculo, en lugar de que todo sea para nosotros la ocasión de entrar en relación con el único interlocutor de la realidad, que es Cristo. Porque entonces empezamos a vivir todo dentro de esta relación con Él. Para Él todo lo que sucedía, para Jesús –como decíamos en “Un brillo en los ojos”– todo lo que veía estaba en relación con el Padre. No podía mirar nada sin que le remitiera

al Padre. La vida estaba llena de esta Presencia. En cambio, cuántas veces para nosotros esto aún es embrionario. Para Él era la manera normal de relacionarse con la realidad y todo estaba dentro de esa relación. Por eso –lo decía antes– dice Giussani que el cristianismo introduce un conocimiento nuevo. Me refería a esto. Solo si vuelve a suceder el acontecimiento de Cristo, podremos mirarlo todo así. ¿Pero qué es lo que nos introduce en esta relación sin reducirla? Muchas veces la necesidad, que impide que la reduzcamos, por eso es cierto que cuando empezamos a mirar ciertas cosas... mira lo que has dicho al final: ya lo tengo todo aquí. Muchas veces pensamos que hay que hacer no sé qué... ¿Pero qué necesitamos? Ya está todo aquí. Ningún don de Gracia nos falta, dice san Pablo. Por tanto, la religiosidad, ahora se entiende, no es hacer gestos religiosos dando saltos mortales especiales sino vivir intensamente lo real, vivir lo real así. Porque todo está ahí. Porque todo es ocasión para entrar en relación con Él. Y los primeros beneficiarios de todo esto somos nosotros, porque sin él es como recibir un regalo anónimo. Es evidente que si recibo algo y me quedo ahí, sin que ese regalo me remita a aquel que me lo ha enviado, el regalo, por bonito que sea, no tiene el mismo significado para nosotros. Siempre pongo el ejemplo de la tarjeta de Navidad. Te la mandan las grandes empresas y corporaciones, a cuál más bonita. Pero la mayoría de las veces, aunque sea la más bonita, el mejor papel, los colores, todo... está vacía, dentro no hay nada. A veces una persona querida, amiga, nos manda un trozo de papel aparentemente de menor valor gráfico, pero para nosotros está lleno de significado. Entonces, ¿qué efecto provoca en nosotros una cosa y qué efecto provoca la otra? ¿Qué nos llena más? Estamos delante del mismo objeto... uno aparentemente tiene más valor gráfico, pero como significado para nosotros, ¿qué nos gusta más, que nos aporta más? Uno está vacío y el otro está lleno de una relación, de una intensidad afectiva que al otro le falta. Os pongo estos ejemplos banales para ayudaros a entender lo que significa. Que yo me quede en la apariencia, aunque sea la más hermosa, o que me adentre hasta el origen de ese gesto es algo de otro mundo, totalmente distinto. Por tanto, Cristo vino para introducirnos en esto, para llevarnos a esta relación con la realidad, no simplemente para que seamos mejores y hagamos menos tonterías... sino para que empecemos a ver cien veces más. Para que las relaciones sean cien veces más, como dice don Giussani en el texto que leía antes. *“Hay una relación con el Misterio que hace todas las cosas, con el Misterio hecho carne, hombre, Jesús, que es inmensamente más humana, más mía, más inmediata, más tenaz, más tierna, más inevitable que cualquier otra relación –con mi madre, con mi padre, con mi novia, con mi esposa o con los hijos–, que la relación que tengo con todos y con todo. En efecto, todo nace de ahí, nada se hace por sí mismo. Por eso, la persona que tengo delante de mí, sea quien sea, es y marca el camino siguiendo el cual llegaré a Cristo, al Tú del que están hechas todas las cosas; y, por consiguiente, tengo estima de ella, la respeto, la adoro, puedo adorar su rostro”*. ¿Pero esto qué quiere decir? Yo adoro este rostro si camino hacia la Fuente de cada cosa, la Fuente del Ser, de otro modo es como dibujar una figura sin perspectiva, es una percepción infantil, primitiva, que se queda en la apariencia.

Los niños se quedan ahí tan contentos con su regalo, son los padres los que tienen que decirles: ¿cómo se dice? No se dan cuenta de que es un don, hay alguien que se lo da. Los padres deben ayudar a los niños a adentrarse en el verdadero conocimiento de ese regalo, que es un don de otro al que deben dar gracias. Imaginad que la vida pudiera vivirse así en cada detalle, como un don que Otro me da, inmensamente más tierno, más inmediato, más tenaz, más inevitable que cualquier relación. Estos adjetivos que usa don Giussani indican lo que nos perdemos cuando no vivimos la realidad así. Esto, aunque solo sea por oírse lo decir, dan ganas de pedirlo. Como decía Cinzia, de identificarse con esa mirada que nos testimoniaba don Giussani para que podamos, según un designio que no es el nuestro, vivir la relación con la realidad de esta manera, como la vivió Jesús, como documentan los evangelios.

Eleonora

Desde hace unos meses, un dolor profundo ha establecido su morada en mí, por relaciones que se han interrumpido violentamente, mentiras y traiciones que han alimentado esta sensación en mi interior hasta el punto de llevarme, cada vez más, a pedir y suplicar todas las mañanas, antes de ir al trabajo: “Te pido que mi malestar no toque a nadie más, que no llegue a los que me encuentre”.

En los Ejercicios decías que “ninguna reducción es capaz de conquistar lo más íntimo de mí mismo” y que la mujer pecadora fue “afirmada y aferrada por Cristo”.

Han vuelto a empezar las clases y yo he vuelto con mi cargamento de heridas y con el corazón hecho pedazos. Si tuviera que describirme ahora, diría que estoy en la fase menos productiva de mi vida, sufro tanto que ni siquiera se me pasa por la cabeza la idea de poder hacer quién sabe qué. Me he apagado, al menos eso es lo que veo en mí.

Hace un par de días estuve en el funeral del padre de un alumno mío. También estaban allí otras familias y alumnos del colegio. Al acabar la ceremonia, se me acercó la madre de una chica de primero –que acababa de conocer– diciéndome: “Profesora, mi hija me ha pedido que la salude porque dice que, cuando usted entra, llega la serenidad”. Es un ejemplo, podría contar muchos más. La pregunta que se ha desatado en mí con fuerza es: “¿Qué es lo que domina en mí, a pesar de que en mi interior todo sea un valle de lágrimas?”. Me parece evidente que, al final del listado negativo que podría enumerar sobre mí misma en este momento, se mantiene un “sin embargo” que lo desbarata todo y que me obliga a volver a darme cuenta de Quién me ha afirmado y aferrado.

Carrón – Perfecto. Esta tarde he tenido la asamblea con los jóvenes del primer año de la *verifica*. Don Giussani empieza diciendo esto que tú has percibido.

“Cuando se trata de la relación entre el hombre y Dios, de la relación entre el hombre y Cristo, cuando se trata de la vida de Cristo en el mundo, el hombre no tiene la capacidad de hacer nada”. Esto no tiene que asustarte. Como ves, es el punto de partida, como el descubrimiento del agua caliente. Solo crea la fuerza del Espíritu. Por tanto, lo que el hombre puede hacer, la riqueza del ser humano, la fuerza del hombre, está en invocar al Espíritu. El Espíritu es la energía con que Cristo vence al mundo, penetra en la historia, llama a quien quiere y sostiene a los que ha llamado. Como ves en ti, que a pesar de que te hayas apagado, le da absolutamente igual si te apagas, y hace que una chica pueda decir que cuando tú llegas entra la serenidad. Sigue diciendo don Giussani: *“Invoquemos también a la Virgen porque si el Espíritu es la energía con que Cristo entra en el mundo y lo vence, este Espíritu ha entrado en la historia mediante una chica de quince años. El Espíritu entra en el mundo a través de la Virgen. Por eso decimos: Veni Sancte Spiritus. Veni per Mariam”.*

Esta es la originalidad de Dios, entrar en el mundo a través de la pobre gente, de cosas pobres como nosotros. ¿Comprendes, Eleonora? Por eso, nada nuevo, simplemente aún más conciencia de que solo –como decías– cuando Cristo nos aferra, como aferró a la pecadora, y también te aferra cuando estás apagada, puede mostrar aún con mayor claridad –como dice san Pablo– que llevamos un tesoro en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza no tiene su origen en nosotros sino que viene de Cristo. Muchas veces he contado que yo, igual que tú, habría pagado por no tener que ir a dar clase cuando estaba de bajón, como tú, apagado, pero precisamente esos días en que habría pagado, el Misterio se servía de mí nada y muchas veces volvía de clase conmovido por lo que el Misterio había hecho a través de mí nada. Se me hacía evidente, igual que a ti, que esto no es cosa nuestra, ni tuya ni mía. ¿Qué es entonces lo que aferra la vida? La aferra lo mismo que aferró a la Virgen, igual que a san Pablo, igual que a ti o a mí. ¿Qué nos toca hacer entonces? Lo que nos toca, puesto que no somos nada y debemos pedirlo, es estar constantemente disponibles a la modalidad con que el Misterio actúe. Uno puede irse a casa apagado, no importa, porque la cuestión fundamental es que el Misterio ya te ha aferrado. Decía antes: aferrado por Cristo. Y aunque no te des cuenta, ya estás tan aferrada que no puedes evitar llevarlo en cada fibra de tu ser. Hasta tal punto que los demás se dan cuenta. Cuando ella está, llega la serenidad. Me ha sorprendido –como decía, durante el silencio– una frase que tengo aquí marcada. Dice Giussani, hablando de Pedro: “Desde el primer encuentro Él se había hecho dueño de su ánimo, había invadido su corazón”. Igual que tú. Esto es lo que documenta la fidelidad de Cristo en tu vida, que le puede pasar a tu compañero, le puede pasar a cualquiera, pero nada puede impedir, ni toda la dificultad que has vivido, nada puede impedir que Él siga sirviéndose de ti y de tu nada para hacerlo resplandecer delante de todos. A veces te enteras, como en este caso. El Misterio te conforta en cierto modo diciéndote: mira que no es igual a cero todo lo que he hecho contigo. Pero cuántas... no las sabrás en la vida, lo sabrás en la vida eterna. Esta vez porque ha sucedido así, de paso, se ha cruzado contigo y te lo ha dicho. ¡Pero cuántas cosas suceden a través de nuestra pobreza! Pero no nos hacen falta, a veces se nos conceden dones

como este por una misericordia que tiene Dios con nosotros. Es como un plus, pero nosotros ya vivimos el ciento por uno porque Él nos ha aferrado, no por el resultado que obtengamos. Como dice siempre el Evangelio cuando los apóstoles vuelven emocionados por lo que habían hecho y Jesús les dice: ¿y qué vais a hacer mañana con esto?... No os alegréis por esto. Habéis visto caer a los demonios, pero alegraos porque vuestros nombres están escritos en el cielo, porque sois míos, porque eres suya. Esto es lo que te hace diferente, sea cual sea la circunstancia. Y eso es una liberación. Digamos que no es una actuación nuestra lo que nos hace testigos de Cristo. Es Cristo quien aferra nuestra pobreza y se sirve de ella para dar Él mismo testimonio de sí a través de nuestra nada. Es el testimonio de Él en nosotros, cuando lo dejamos entrar, cuando le damos espacio, como dice Jesús: si no creéis en mí, creed en mis obras, mis obras hablan de mí. Las obras que el Padre me ha concedido llevar a cabo dan testimonio del Padre. El Padre da testimonio de sí en Jesús, que le da todo su espacio de Hijo. Cuando dice: cuando creéis en mí, no creéis en mí sino en el Padre que me ha enviado; entonces el Misterio puede valerse de nuestra nada como recitamos en el Magnificat: ha mirado la humillación de su esclava, desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí. Y Jesús nos ha dicho que haremos cosas más grandes. Lo que más nos debe apremiar es ante todo la preocupación por esta disponibilidad, con la nada que somos, para dejarle espacio a Él. Todo lo demás... Nosotros ya hemos recibido el ciento por uno, independientemente de las alabanzas que te pueda hacer un alumno. Si sucede de vez en cuando, estupendo, pero ya nos han pagado a lo grande. ¿Me explico?

Claudete

Querido Carrón, queremos contar la experiencia vivida en la San José en Brasil durante este periodo de pandemia, que muestra lo que nos decías en los Ejercicios y responde también a las preguntas sobre la esperanza. Con Cristo en los ojos, inmersos en su presencia, podemos mirarlo todo. En este tiempo hemos inventado una nueva manera de estar cerca unos de otros, con encuentros quincenales que reúnen a todos los de Brasil, aparte de mantener los encuentros por ciudades también de manera virtual. Sin embargo, para nosotros no se trataba de algo sencillo, no podíamos dar por descontado que fuera a funcionar debido a las dificultades de conexión en muchas ciudades y para varias personas ancianas que no estaban acostumbradas a la tecnología. En cada encuentro, una sorpresa: gente que se conectaba con sus nietos, nietos que ayudaban a conectarse con sus propios teléfonos o buscando por la casa el lugar donde la señal era mejor, mostrando así un gran deseo de buscar esta compañía. Personas que rara vez hablaban en las reuniones han empezado a compartir su experiencia concreta, no siempre hermosa o agradable, pero de una manera vivaz y libre, testimoniando con todo ello que el Señor está verdaderamente presente. ¡Un espectáculo! Ha sido precioso ver cómo en este intento de cada uno por superar el límite de la tecnología, que para algunos era un desafío, hemos crecido como compañía unos para otros, hemos contribuido a mantener la fe y la esperanza, y tener la mirada fija en Cristo cuando algunos enfermaban o tenían a alguien con coronavirus en su familia. En este tiempo no hemos visto desesperación. Un hecho que muestra bien todo esto ha sido nuestra amiga Elza de Sao Paulo. La noticia de que había contraído el Covid y debía ingresar en el hospital nos dejó a todos como a los apóstoles el Viernes Santo después de la crucifixión: parecía el final. Elza tiene diabetes, estaba descompensada y otros problemas asociados al virus suponían prácticamente su condena a muerte. La situación nos impedía vivirlo de una manera simplemente "optimista", así que empezamos a rezar. Su hija nos enviaba archivos de audio diarios con el boletín médico, diciéndonos que empezaba a superar todas las expectativas. Cada día una mejora. Ha sido como ver un milagro. Cuando le dieron el alta era como ver a Jesús resucitado. Y su relato, ya en casa, diciendo que su familia ya era otra, ya no era la de las peleas diarias sino la de verlo resucitado y poder tocarlo como santo Tomás. ¿Cómo no decir que el coronavirus es nuestro hermano, como decía el padre Pigi, que vive en Brasil, delante de historias como esta? Un virus que nos ha hecho más cercanos y familiares a los que veíamos una vez al año en el retiro y que nos ha permitido crecer juntos en la conciencia de la fe, y mostrar dónde se encuentra nuestra consistencia. También lo dice nuestra amiga Rosi, de Belo Horizonte: "Con los encuentros quincenales, ¡me he sentido tan abrazada por el Señor! A pesar de todas mis dificultades con la tecnología, estaba claro que era un regalo que Él me hacía para ver el rostro que el Señor ha elegido para acompañarme en este camino en el que me ha puesto. Durante este

tiempo me siento como en los primeros encuentros de la San José, ¡viva y feliz! Estos son tiempos difíciles, pero tener y pertenecer a esta compañía marca la diferencia en la vida”. Gracias, Carrón, por ayudarnos a hacer este camino de conciencia. Fraternidad de San José en Brasil.

Carrón – Gracias, Claudete, por no dejarte confundir, porque a veces, cuando las cosas no suceden según las imágenes que tenemos, empezamos a ponernos nerviosos. Muchos ya habían pensado: ahora volvemos, después de la primera oleada, pensábamos que había acabado y estábamos preparados para volver a retomar todos nuestros gestos, y todos nos alegrábamos por ello. Una vez que todo ha cambiado aquí, igual que ha cambiado en Brasil, volvemos a estar desconcertados, casi empezamos a quejarnos otra vez por esta situación. El hecho es que, cuando empieza esta situación que tenemos aquí, en Europa en general o en Estados Unidos, alguien como ella nos testimonia que, con todas las dificultades relacionadas con la tecnología, nada de eso ha sido objeción sino que todos se han involucrado para superarlas, precisamente porque a través de cualquier instrumento podía llegar la ayuda necesaria para vivir con fe y esperanza. Que esta ocasión, como le ha pasado a Elza, os haya hecho crecer juntos en la fe quiere decir que muchas veces nosotros, a pesar de que ya lo hayamos visto los meses anteriores, podemos volver a caer en la tentación de una imagen, por eso es estupendo que Claudete nos recuerde que el Misterio puede acudir en su ayuda para acompañarla y sostenernos de la manera que quiera, no solo del modo que nosotros tengamos en nuestra cabeza. Lo hemos visto en el testimonio de Azurmendi, ¿quién le iba a decir que el don de Cristo le iba a llegar mediante un programa radiofónico, entre los miles de programas que hay en la radio? Pero el Misterio puede servirse de cualquier situación, no tenemos que atascarnos en la modalidad. Porque el Evangelio siempre hace saltar todos estos esquemas. Cristo se puede hacer el contradictorio, como vemos en el Evangelio, mediante las modalidades más diversas, como nos ha pasado también a nosotros. Se lo puede encontrar uno en un árbol, otro junto al pozo, otro en un banquete, otro en el templo, otros por la calle, en el monte o en una barca en medio de la tempestad. ¡El templo nuevo es la persona llamada por Cristo! Esta es la revolución del Templo que introduce Jesús. Por eso, nuestra compañía puede adoptar las distintas formas que tengamos al alcance de la mano y por eso te agradezco que nos hayas ofrecido esta contribución, ahora que estamos volviendo a empezar esta nueva oleada en escalada del Covid.

Alessandra

Querido Julián, bendigo al Padre por darme más hambre que nunca de autoridad.

Y bendigo al Padre porque esta autoridad existe, eres tú, y deseo ser custodiada por el filo de tu mirada, que rompe la burbuja de la zona de confort y me relanza a la concreción inexorable y adorable de la realidad.

Resumo al máximo algunos hechos recientes esperando ser comprensible porque hay cosas que no se pueden decir por discreción.

Todo empieza con “Un brillo en los ojos” y el nihilismo de los demás.

Cuando empezamos a trabajar sobre el “Brillo” noté en varios amigos ciertos matices de perplejidad: “No me identifico, yo no soy así, a mi edad ya tengo un recorrido... menos mal que los de la San José somos unos afortunados porque vivimos de una manera distinta, nuestra experiencia... bla, bla, bla”.

Ante estos amigos “con una sensibilidad diferente”, en un primer momento intenté contraatacar con la mejor voluntad: “Seguramente si Carrón insiste es porque ahí dentro también hay algo para nosotros, fiémonos, confrontémonos y... bla, bla, bla”.

Confieso que en este intento de salir en tu defensa (!!!) en el fondo me sentía un poco forzada, como si fuera una relaciones públicas de CL, y no creo que te haga falta, ¿no?

Carrón – Ya se encarga Otro de defendernos...

Alessandra

Pero el hermoso día aún tenía que llegar.

Gracias a tus últimas Escuela de comunidad (¡pero qué auténticos, vivos y valientes son todos esos que se declaran nihilistas!) y a los reclamos durante la Escuela de comunidad con mi

hermano tronando: “El deseo, el deseo, todavía no entendéis por qué Julián insiste tanto en el deseo”.

Y por fin llega el día. El Padre siempre manda un hermoso día y el corazón –que es infalible– comprende que ese es el día, aunque te caiga encima como una piedra, y entonces me doy cuenta de que yo también soy nihilista.

Asintomática, la peor especie.

Yo padezco nihilismo devoto.

Esta bendita pero durísima conciencia desató una serie de reacciones en cadena, empezando por la pregunta: “¿Qué hago yo aquí? (en la San José, obviamente). ¿Qué es de mi vocación?”.

Hacerme esta pregunta me ha sorprendido en primer lugar a mí misma porque, de hecho, dentro de la San José yo estoy muy bien, como un ratón con un queso.

Pero también me he dado cuenta de que con los años mi pertenencia se ha convertido en una zona de confort, una hermosa burbuja tibia y rosada, llena de amigos muy queridos, buenas meditaciones, chat en el WhatsApp, como un aparcamiento dotado de todo tipo de confort, afectivo y espiritual.

Pero dime, Señor: “¿Dónde han acabado los días de nuestro amor?”

¿Pero dónde está mi vida? ¿Dónde está mi deseo?

¿Dónde está la vida que he perdido viviendo?”.

Un “ir tirando devoto”... ¡qué asco!

Mi impulso instintivo era el de huir, buscar refugio (¡ya estamos otra vez!) mendigando como si fuera un “jugador por libre”, lo cual ni siquiera sé si es posible puesto que cualquier forma de mendigar, aparte de un objeto, presupone un lugar, por incómodo que sea.

Con gran esfuerzo, antes de los Ejercicios, intenté abordar esta cuestión con mis compañeros de vocación, es decir, con mi grupo.

Era como un SOS, un aullido dirigido a mis amigos más queridos, con los que he compartido todo durante los últimos diez años. Respuestas: “Si te vas de aquí, ¿adónde irás?”, “habla con tu hermano”, “reza una novena a la Virgen desatanudos”.

Menos mal que el encuentro era por Zoom porque habría llegado a las manos.

Al terminar el Zoom me sentía machacada como una albóndiga.

Pero una albóndiga inexplicablemente feliz.

Feliz porque, como las aves migratorias, habían vuelto las preguntas. Tal vez “equivocadas”, sin duda mal formuladas y cargadas de pretensión, pero eran preguntas verdaderas y tú, en la última Escuela de comunidad, citabas a Blixen –que me encanta– y aquella cita era justo para mí. La alegría de volver en forma de pregunta era más fuerte que la humillación de mi miseria, propia de una devoción marchita y consternada.

Así que llegué a los Ejercicios como una esponja, deseosa de absorberlo todo. Y todo, todo, todo lo que decías era para mí, como si me hubieras concedido un largo cara a cara que luego se prolongó en el trabajo sobre el “Brillo”, que ha sido como una sorpresa cotidiana, como si cada palabra reactivara la sinapsis en mi corazón. Hacía años que no sentía así la necesidad, la urgencia de hacer Escuela de comunidad.

Ahora... no sé decir exactamente dónde me encuentro, no sé precisar muy bien qué es lo que ha pasado desde los Ejercicios en la concepción que tengo de mí misma y de mi vida cotidiana.

En este momento es como si habitara dentro del capítulo 4 del “Brillo”.

Acabo de cumplir 60 años y me encuentro mendigando que me readmitan en primero de elemental de “conversión al Acontecimiento”. No sé si reír o llorar.

Qué grande es Dios.

Carrón

Muchas gracias, Alessandra, porque con tu testimonio del camino que has hecho creo que todos los que te hemos escuchado hemos percibido, captado, que esta dificultad que expresas también puede ser la nuestra, que llevamos tiempo en esta compañía, que nos vemos en un momento dado reduciendo nuestra pertenencia a la burbuja, a la zona de confort, donde falta toda la conciencia de nuestra necesidad, la conciencia del drama de la vida, porque uno piensa –como tú expresas con estas preguntas tan punzantes–: “¿Pero dónde han acabado los días de nuestro primer amor? ¿Pero dónde está mi vida? ¿Dónde está mi deseo? ¿Dónde está la vida que he perdido viviendo?”. Te agradezco estas preguntas en nombre de todos los que estamos aquí

escuchándote porque son el mejor regalo que puedes hacernos al empezar este curso, porque podemos empezar dándolo todo por descontado, como decíamos antes, o podemos dejar salir estas preguntas. Dices que estás feliz porque han vuelto las preguntas. Entonces, el retorno de las preguntas es el primer signo del retorno de Cristo, porque es Él mismo quien nos sacude a través de la realidad, de las circunstancias, para hacer que las preguntas vuelvan a surgir en nosotros y empecemos a percibir que todo lo que sucede, como tú dices, es para ti. Cómo me gustaría empezar este curso como tú dices que fuiste a los Ejercicios de este verano, estar todo el año como una esponja, deseosos de absorber todo lo que el Misterio nos dé, que es totalmente imprevisible pero que, paradójicamente, como tú dices, puede convertirse en una sorpresa cotidiana, igual que han sido para ti estos meses, como si cada palabra reactivase la sinapsis en tu corazón. “Hacía años que no sentía así la necesidad, la urgencia de hacer Escuela de comunidad, una relación tan intensa con Cristo”. Por eso empezamos este curso pidiendo esto que nos dice Alessandra, porque esta es la disposición que necesitamos, todo lo demás es Gracia, porque cuando uno se pone en esta posición, entonces se abre una grieta, que es la necesidad a través de la cual puede entrar en nosotros la Gracia de la que hablaba Péguy. Nada deseamos más –cada uno de los que estamos juntos hoy aquí– que esta disponibilidad para dejarnos arrastrar por Cristo, llenarnos de su Presencia, para que Él pueda servirse de nuestra nada –como decía antes hablando con Eleonora– para hacer resplandecer su Belleza ante los hombres en un momento tan dramático, en el que la mayor urgencia no es la sanitaria, sino que la mayor urgencia es el testimonio de Cristo, que puede llenar de esperanza nuestra vida y la vida de los que nos encontremos por el camino. Por eso nos quedamos con este deseo y con esta tarea de sostenernos mutuamente en este mendigar a Cristo, todos en primero de elemental, para que Cristo encuentre la tierra ya preparada para acoger cualquier don que Él quiera darnos, para nosotros, porque somos aquellos que Él ha elegido para comunicarse, pero a través de nosotros a todos los demás, por eso cuando Le acogemos, Le acogemos para todos los demás, por eso nos ha elegido, no simplemente para nosotros mismos, sino para poderlo testimoniar, a través de nuestra nada, a todos los demás. Acabamos con este deseo, pidiendo a la Virgen como hemos dicho al principio: “Veni sancte Spiritus. Veni per Mariam”.